

EL TRASPLANTE

La primera vez que vio el gran helicóptero negro, es decir, cuando por primera vez sobrevoló el chalet de Celestino, a éste le cayeron encima unos intestinos humanos con sus dos partes: intestino delgado e intestino grueso. Incluso los pliegues originales que en forma de vueltas tuvieron en la cavidad abdominal de la que fueron extraídos, se mantenían al impactar en la testa de quien tranquilamente cortaba el césped de su jardín. Eso sí, nada más producirse el impacto, el conducto membranoso empezó a deformarse hasta que los manotazos de Celestino acabaron deformándolo del todo. Bóbito, el pastor alemán del matrimonio Pernal, hizo el resto: en pocos minutos, tras salir disparado Celestino para darse una ducha, el perro devoró los intestinos.

Por mucho que, hecho seriedad, Celestino intentó convencer a su esposa de lo que le había sucedido, ésta, tras volver de visitar a una amiga y hacer unas compras en el pueblo, a cuyo término municipal pertenecía la solitaria casa de fin de semana, no se dejó convencer. Es más, no dejó de reír hasta que su marido volvió a ver el helicóptero absolutamente oscuro y, señalándolo con el dedo índice de su mano derecha, dijo: «Con que no, ¡eh!, pues mira, ya vuelve, ya se acerca, enseguida lo tendremos encima».

A medida que el enorme helicóptero se acercaba mostrando su negror, Rafaela, la mujer de Celestino, empezó a sentir en su cuerpo un estremecimiento general, cosa que hizo que se iniciase un cambio en su opinión y sopesase la posibilidad de creer cuanto su marido le había explicado. Acabó siendo tan fuerte el escalofrío que, aunque parezca mentira, el cambio de parecer fue tal que llegó a creerlo y a pies juntillas.

Cuando el aparato se situó sobre el jardín y a no mucha altura, se abrió una puerta lateral y un par de hombres vestidos de negro arrojaron al vacío un bulto. A los pocos segundos

impactó éste sobre el cortacésped que Celestino había abandonado tras caerle en la cabeza los intestinos.

A pesar de tener los ojos abiertos como platos, el miedo que empezaba a instalarse en sus cuerpos impidió que, de momento, Rafaela y Celestino se hiciesen cargo de lo que había caído. Fue al irse desplazando hacia la entrada de la casa (el instinto de conservación provocó el desplazamiento) cuando, primero él y luego ella, fueron conscientes de que lo que habían arrojado desde el helicóptero era un hombre sin intestinos.

Asustados como estaban, tampoco fueron capaces de encontrar una explicación hasta que pasaron unos minutos. Entonces se miraron, movieron la cabeza de arriba abajo, y supieron sin hablarse que pensaban lo mismo al respecto. Celestino y Rafaela habían llegado a la misma conclusión: el conducto digestivo que anteriormente le cayó encima a Celestino, era del receptor, de alguien a quien en el helicóptero le habían trasplantado los intestinos. Por otro lado, las tripas que le faltaban al donante, al hombre estrellado ahora sobre la máquina de igualar el césped, eran las que se habían utilizado para efectuar el trasplante.

Cuando se dieron cuenta de que el helicóptero era un quirófano volante, el matrimonio Pernal corrió y se encerró en la casa. Coincidió esto con el inicio del descenso del aparato. Poco después se posó sobre el césped, junto a la fuente de hierro, y de él salieron dos hombres con uniforme militar negro y empuñando extrañas pistolas. Tras ellos se apearon, igualmente de absoluto oscuro pero con ropa de sala de operaciones, un hombre y dos mujeres, cirujano y enfermeras sin lugar a dudas.

Los hombres de las extrañas pistolas se acercaron a la entrada, dispararon sin ruido una vez cada uno y, ante el asombro del matrimonio que estaba en el recibidor, la puerta quedó inexplicablemente libre de cerrojos y cerradura, como por arte de magia, y Bóbilo se quedó incomprensiblemente inmóvil y mudo, cual por arte de birlibirloque. Muertos de miedo

porque instantes antes habían comprobado que tanto el teléfono fijo como el móvil no funcionaban, Celestino y Rafaela empezaron a temblar y se hicieron aguas menores, se mearon a la vez sin darse cuenta.

Sin importarles el charco de orina que se extendió hasta la entrada, los hombres armados empujaron la puerta, entraron y sacaron a la fuerza a Celestino. Una vez fuera, uno de ellos dijo: «Qué le parece, doctor, ¿es lo que necesita?» Y el que tenía toda la pinta de ser cirujano, respondió: «Sí, éste me sirve. Aproximadamente tiene la misma altura, la misma corpulencia y la misma edad que el millonario al que voy a trasplantarle el tórax».

A punto de ser introducido el temblón Celestino en el helicóptero, el temblor de su esposa se convirtió en gritos solicitando la puesta en libertad de su marido. Hecha cargo del trascendental momento, Rafaela se deshizo por unos instantes de la tenaza del miedo y, dentro de su ignorancia, gritó dando argumentos: «¡No os lo llevéis! ¿Quién os dice que su organismo es compatible? Seguro que como mínimo su Rh no lo es y el rechazo está asegurado. ¡Soltadle! ¡Dejadle libre! ¡Medicastro! ¡Medicucho! ¡Mediquillo! ¡Asesino!» No sirvió de nada: volvió a temblar, el llanto cortó su sarta de imperativas frases, y sus lágrimas hicieron que el charco no fuese solamente de meados sino de orines y lágrimas. Los hombres de las pistolas raras empujaron a Celestino hacia el interior de helicóptero, entraron ellos detrás, y cirujano y enfermeras lo hicieron a continuación sin perder tiempo. Cuando el aparato despegó, los teléfonos recuperaron sus funciones, aunque con la puerta abierta cerrojos y cerradura volvieron a la posición cerrado, el perro volvió a moverse y a ladrar, y Rafaela corrió a ver si ya había línea o cobertura; quería llamar a la policía, al ejército, al gobierno,... No quería dejar de llamar en todo el día.

A todo esto Celestino comprobó horrorizado que él y su mujer no se habían equivocado: el helicóptero era un quirófano volante. Eso sí, había una diferencia respecto a los

convencionales. Excepto las bombillas todo era negro. Instrumental, mesa de operaciones, aparato de anestesia, techo, paredes,...

El cirujano tuvo un detalle con Celestino. Antes de proceder a la extirpación, o lo que es lo mismo, antes de separarle el pecho de su cuerpo, quiso presentarle al receptor, a la persona a quien le iba a ser trasplantado el tórax. Sin embargo, no pudo ser; Celestino se hizo de vientre encima y, debido a ello se suspendió el cara a cara que iba a tener lugar en una de las salas anexas a la de operaciones. Estaba claro que en esas condiciones, con la mierda llegando a sus zapatos, no podía celebrarse la entrevista.

Mientras las enfermeras lo limpiaban a fondo para ser llevado al quirófano, a Celestino le dio por repetir (por si tenía suerte y lo que se le acababa de ocurrir daba resultado) machacona y mentalmente una frase: «Esto no se lo deseo ni a mi peor enemigo; a pesar de la dura competencia entre nosotros, no se lo deseo ni a Nicolás, el dueño del bar de al lado al mío». El infeliz llegó a pensar que, aunque mental, teniendo un rasgo caritativo para con su competidor, el mal que se le venía encima se esfumaría.

Poseído por el horror o, dicho de otra forma o manera, presa de invencible temor al ver fallido su conjuro, Celestino aún no sabía lo peor. Pero lo iba a saber pronto. De hecho, la habilidad de las dos asistentes estaba haciendo que las negras esponjas, ayudadas por un chorro de agua a presión, estuviesen a punto de eliminar la mierda piernas abajo y, en el resto del cuerpo, de no dejar rastro de sudor ni de impureza alguna.

Aunque parecía que los acontecimientos habían causado en Celestino todo el espanto posible, esto no era así. Las palabras que (tras comprobar que el donante estaba preparado para la extirpación) pronunció el cirujano lo espantaron aún más. No era para menos: «¡Atadlo a la mesa de operaciones! Como siempre que no va a haber tolerancia de tejidos, utilizaré la técnica de la vivisección, le extirparé el tórax pero sin anestesia, condición

indispensable, además de la de que el donante no se desmaye en ningún momento, para que no se presente el rechazo. Así que ya saben, inicien la reanimación antes de que pierda el conocimiento, y tantas veces como sea necesario.

En esta ocasión sí que el pavor llegó al límite. Prueba de ello fue que, vacía su vejiga y sus intestinos, la pavura se cebó con su pelo. La negra cabellera de Celestino se volvió blanca en unos segundos. Sólo le faltaba que, con lo presumido que era, se hubiese visto en un espejo. Bromas aparte, el miedo extremo hizo que mientras el cirujano se ponía los negros guantes, Celestino viese que le temblaban las manos cuando, en realidad, era él quien temblaba atemorizado al máximo ante la atrocidad a que iban a someterlo.

Como en cada intervención se turnaban las tareas, la enfermera que en esta ocasión se cuidaba del instrumental puso el bisturí en la mano del cirujano, y la que le tocó estar pendiente de la máquina de reanimación y de sus conexiones, se concentró en su cometido. Celestino, desnudo e inmovilizado, se acogió a la única opción que le quedaba: apartar la vista del instrumento para la práctica de incisiones, y mirar hacia otro lado con el fin de concentrar su mente para hacer que se formase una tormenta, cayese un rayo sobre el helicóptero, y él muriese instantáneamente. Al menos así no sufriría. En esta ocasión tuvo suerte: no sólo se formó la tormenta sino que el primer trueno despertó a Nicolás...